



Víctor Hugo Díaz, *No tocar*. Cuarto Propio, Santiago, 2003, 42 páginas.

Con su cuarto libro *Inju el Inju*, Víctor Hugo Díaz se nos presenta haciendo gala de la privilegiada fragilidad de su palabra. En esta nueva entrega, el autor de *La comarca de los senos caídos*, *Doña vida* y *Lagunas de uso*, nos abre la puerta a materiales o bien no tratados en sus publicaciones anteriores, o vistos sólo superficialmente.

Lo nuevo, entonces, que podemos leer en *No tocar* tiene que ver con la forma en que el hablante de este libro se pone en contacto con la realidad que lo circunda. La palabra simulacro se nos viene encima con demasiada premura como para no explicarla primero con algún rodeo. Concepto más o menos de moda, comodín más o menos útil a la hora de hablar de la postmodernidad y sus realizaciones artísticas, la experiencia del simulacro —o precisamente, la falta de ella— nos remite a esa zona que, gracias a la hipertecnología contemporánea y la ausencia de una lógica que les otorgue algún sentido (la mediatización o espectacularización de la realidad a través de los medios de comunicación y la transparencia de los signos), parece habitada no por un fantasma que recorra continente a gijano, sino sólo por el cadáver de lo real.

Especie de habitantes del mismo país que Alicia, claro que de su lado B o por lo menos en su versión más pesadillesca y gótica, los paisajes y personajes que pueblan este nuevo libro de Víctor Hugo Díaz asisten al derrumbe de aquellos símbolos que antano tuvieron un sentido unívoco (lo cual también es cuestionable) y hoy, si no lo han perdido del todo, parece en cualquier caso trastocado por las actuales circunstancias. Así, por ejemplo, esas dos amigas² que en *Reflejo de dos mujeres* contemplan impertérritas, mientras se desenvuelve en una especie de vacío rutinario la conversación que mantienen mientras almuerzan, la modificación irreversible del paisaje urbano y, con ello, la (im)probable memoria que de él tuvieron. Otro poema elocuente para esta relación fallida con la realidad (la frase la como preatada de la huida reseña que Patricia Espinosa escribiera sobre este mismo libro), *Los pasados no vienen solos*, resume el mismo aire que todo el libro, aire que nos pareciera querer decir que la mediatización de lo real, para Díaz, es menos glamorosa que la de los *flashes* y las portadas de los *week end*: proviene, también, del desgaste y el deterioro permanentes a que son sometidos los cuerpos en medio de una resignificación social y simbólica (y en consecuencia, desde un principio, cronológica) en el que la realidad existe en tanto existe la escritura: "Las ladrillos se disponen como las letras en el teclado (...). Y Al digitar las teclas la pared se construye" (pág. 23).

Todo lo que parece ser lo que no es, es producto del cambio de coordenadas en la imaginación chilena. Y en esto la lupa de Díaz llega a ratos a ser maestra. Todo en sus poemas deviene símbolo de otra cosa. Evidentemente, esto dicho así no es ninguna novedad y hace rato que se ve en el mercado público de la poesía. La gracia en *No tocar* es que esa otra cosa que significan las imágenes

Víctor Hugo Díaz, No tocar. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2005

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Víctor Hugo Díaz, No tocar. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile